

Mercados de trabajo rurales: Notas y reflexiones

LUIS CAMARERO (*)

Los cambios acaecidos en las últimas décadas en las áreas rurales han sido sin duda, intensos. Dentro del elenco de cambios sociales, culturales, ambientales, políticos o económicos quizás la transformación de las relaciones de los habitantes rurales con las actividades productivas y económicas sea el más relevante de todos y la transformación que sintetiza el nuevo carácter de la ruralidad.

Hasta hace poco el paradigma de división urbano rural señalaba que los mundos de actividad de unos y otros eran distintos, las poblaciones rurales se insertaban en actividades económicas y productivas en una relación directa con el medio, mientras que las poblaciones urbanas se dedicaban a la transformación y elaboración de los «inputs» obtenidos por las poblaciones rurales.

Los procesos de desagrarización, de industrialización de la producción agraria, la crisis del régimen agrario productivista y de la emergencia de un modelo postproductivista (1), así como la progresiva globalización de los mercados señalan el nuevo contexto en el que se encuentran las áreas rurales. Éstas disuelven su tradicional papel de hinterland, de granero urbano y de reservorio de mano de obra mientras que la relación de dependencia de lo rural respecto a lo urbano se transmuta en la interdependencia rural-urbana. En definitiva, la especificidad de las formas de actividad rural se pierde. El

(*) Departamento de Teoría, Metodología y Cambio Social. UNED.

(1) Vid. Ward, N. (1993): «The agricultural treadmill and the rural environment in the postproductivist era». *Sociología Ruralis*, 33: pp. 348-364.

- Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros, n.º 211, 2006 (11-18).

agrarismo, el familismo y la subordinación productiva como elementos definitorios de las actividades de los habitantes rurales dejan de caracterizar socialmente la organización de la subsistencia de las poblaciones rurales.

Desde los análisis anclados en la perspectiva de la reestructuración rural dos efectos han sido continuamente destacados. En primer lugar, la progresiva reducción que la actividad agraria tiene en las áreas rurales en cuanto a población ocupada y consecuentemente con ello la diversificación de actividades productivas y económicas. Y, en segundo lugar, el establecimiento de grupos de nuevos residentes interesados en actividades distintas a las que venían desarrollando las poblaciones autóctonas.

El mundo económico ha sufrido aún más transformaciones, el capitalismo se ha hecho planetario y ello ha tenido y tiene múltiples efectos. Efectos que son patentes en el ámbito territorial y en el nuevo papel de las áreas rurales, en cuanto a lugares de producción alimentaria y de conservación de recursos. La especialización territorial y el creciente peso que tiene la dirección por grupos multinacionales de la actividad agraria marcan o condicionan el desarrollo de muchas zonas del planeta.

Los mercados de trabajo no son sino la forma social de regulación y distribución de las actividades dentro del ámbito del capitalismo. En esta consideración se desprenden dos dimensiones. De una parte, incluye una definición clásica de mercados de trabajo en cuanto al intercambio –compraventa– entre oferentes y demandantes de trabajo. Pero, de otra parte, bajo el concepto de sistema de regulación se está haciendo referencia al dispositivo social de organización de las estrategias de subsistencia de las poblaciones.

Desde la tesis de la reestructuración se ha señalado precisamente este carácter de dispositivo social cuando se ha destacado la importancia de la localidad (2). A los mercados de empleo locales se les atribuye un importante papel en la formación de las identidades y en la organización social de las localidades, así como la adecuación y asimilación de los distintos cambios sociales que produce la organización económica de las sociedades capitalistas.

Sin embargo, la realidad ha resultado más amplia. Mientras los programas de desarrollo rural y mientras desde la óptica de la multifun-

(2) Vid. por ejemplo Marsden, Lowe y Whatmore (1992): *Labour and Locality. Uneven development and the rural labour process*. Londres David Fulton. O también Bradley, A. and P. Lowe eds (1984): *Locality and rurality: economy and society in rural regions*. Norwich, Geo Books.

cionalidad de los espacios rurales y desde el desarrollo endógeno se ha apostado por el fortalecimiento de los mercados de empleo locales, este énfasis ha invisibilizado un fenómeno importante como es la extensión territorial de los mercados laborales fuera de los ámbitos locales de residencia de las poblaciones rurales.

La tradicional convergencia espacial que se establecía entre trabajadores y trabajos en las áreas rurales se ha hecho más compleja. Por una parte se ha ido disolviendo la coincidencia entre actividades y trabajadores dentro de un ámbito residencial y local. Es decir, el modelo simple de actividades locales que empleaban a trabajadores locales ha ido variando hacia un modelo de mayor amplitud espacial. Así los residentes locales no necesariamente trabajan en el entorno local, y a la vez existen trabajos locales que no son realizados por residentes locales (3).

Recientemente el documento de la OCDE titulado «Un nuevo paradigma rural» reconoce la importancia de la movilidad (4). Señala la OCDE que en 10 de sus 27 miembros el empleo rural ha tenido un mayor crecimiento que el urbano. Si bien una interpretación simple de este hecho pueda ser la atracción que sobre ciertas actividades tienen las áreas rurales, otra lectura posible puede ser el creciente poder de atracción residencial para los trabajadores que tienen dichas áreas sin que ello implique necesariamente el traslado de actividades.

En 2004 el Comité Editorial del *Journal of Rural Studies* publicó un editorial (5) en el que se hacía eco de seis falacias asentadas (stylised fallacies) en la investigación rural. La cuarta de ellas se refería a los mercados de trabajo rurales, en su formulación habitual se considera que éstos son restringidos y reducidos y sus salarios menores. Sin embargo en su reflexión los editores señalan que el problema es considerar los mercados de trabajo en un sentido local. Destacan que la realidad, al menos en las áreas inglesas, se caracteriza por la fuerte movilidad de los habitantes rurales como parte de sus estrategias laborales. Y concluyen que sólo una definición incorrecta de la noción de mercado de trabajo permitiría sustentar tal afirmación. Si se aplica un criterio de restricción territorial –léase local– de los

(3) Para España véase la cartografía de este fenómeno. Camarero, L. y Oliva, J. (2005): «Los Pasajes Sociales de la ruralidad tardomoderna». En: Atlas de la España Rural. Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación: 426-435.

(4) OECD (2006): *El Nuevo Paradigma Rural. Políticas y Gobernanza*. Madrid, MAPA.

(5) *Journal of Rural Studies* (2004): «The economic diversity of Rural England: stylised fallacies and uncertain evidence». En: *Journal of Rural Studies*, n.º 20, 263-272.

mercados laborales éstos adquieren una dimensión artificiosa y así se componen simplemente de mercados de trabajo residuales: los compuestos por aquellos grupos con movilidad reducida.

La definitiva ruptura de los mercados de trabajo locales es sólo una parte a considerar de los mercados de trabajo rurales. Como decíamos los mercados de trabajo son dispositivos sociales más amplios. Dentro de los cambios generales que se han producido en las sociedades contemporáneas las relaciones en el mundo laboral son uno de los principales síntomas del cambio social. Y, en este sentido, son precisamente las áreas rurales el escenario privilegiado para observar los cambios producidos y las transformaciones de las sociedades de la modernidad tardía.

Desde la literatura se ha utilizado la expresión «posfordismo» para señalar los cambios sustantivos en las relaciones laborales en cuanto relaciones sociales. La literatura ha ido describiendo el ocaso del régimen de acumulación fordista, sustentado en la regulación salarial, en la estandarización de los trabajadores como consumidores dentro del marco de estabilidad y seguridad del modelo salarial industrial (6).

En oposición al modelo fordista, y desde la consideración del mercado de trabajo como conjunto de relaciones sociales que organizan las relaciones entre actividades y trabajadores, se observa el crecimiento de formas «desreguladas» de inserción laboral, caracterizadas por la inestabilidad, temporalidad y flexibilidad, además de una continua segmentación y fragmentación social de los mercados laborales.

Precisamente este nuevo paradigma del trabajo posmoderno pone en evidencia muchos procesos latentes, por estar socialmente invisibilizados, en las economías rurales. El modelo tradicional de inserción laboral, el modelo frecuentemente familista en actividades agrarias, pero que también se reproduce en ciertas actividades consideradas hoy como nuevas –turismo rural, pequeña industria agroalimentaria de calidad– se basaba en una confusa distinción del trabajo –doméstico y productivo– y especialmente del reconocimiento del mismo. Categorías como «ayudas familiares», expresiones como colaboración en las tareas o, trabajo en momentos puntuales, remitían a una forma particular, frente a los modelos asalariados, de relación con las actividades productivas. Formas que hacían invisible la participación productiva y que además generan otras formas de actividades que aunque mercantiles son consideradas marginales, como el

(6) Amin, A. (Ed.) 1995: *Post-Fordism. A reader*. Oxford, Blackwell.

trabajo en el domicilio o prácticas de economía sumergida. La extensión de formas irregulares de trabajo en todos los ámbitos pone de relieve la importancia que estas formas tenían y tienen en el ámbito rural, y, lo que es más importante, su consideración hoy como formas reales de trabajo.

En este sentido durante la última década los estudios de género han permitido la observación de las áreas rurales desde perspectivas más amplias, mostrando una realidad que desde los supuestos del trabajo de las modernas explotaciones agrarias o desde las situaciones de regularidad asalariada no eran visibles (7). Como descubrirá el lector, esta perspectiva ha sido importante en la selección de los trabajos que dan lugar a este número.

Se ha propuesto, en definitiva, un recorrido distinto al habitual cuando se habla de mercados de trabajo. Se han considerado las relaciones con la actividad productiva de la forma más amplia posible. Y, más allá de una relación biunívoca entre trabajadores y puestos de trabajo, se ha trazado un itinerario que mostrase el modelo de relación entre actividades productivas y poblaciones en el seno del contexto posfordista, desagrarizado, irregular y postindustrial.

En este contexto de múltiples cambios en el mundo del trabajo y en la ruralidad, de reorganización productiva y territorial, el presente monográfico analiza la proyección de buena parte de estos cambios en las áreas rurales españolas. Los distintos artículos que el lector encontrará muestran en detalle todas estas transformaciones en la ruralidad española.

Manuel Delgado y Lina Gavira nos acercan a la reflexión de las transformaciones de la agricultura en el nuevo escenario global. Concentración en la dirección e industrialización de la actividad agraria que nos remiten a un contexto creciente de «pauperización de los trabajadores agrarios». Antonio López desde una perspectiva histórica nos muestra cómo los mercados laborales estaban regulados por formas que lejos de caducar se han terminado imponiendo a los distintos sectores de actividad. La especialización flexible, característica del régimen posfordista, estaba en práctica en las sociedades agrarias, las familias agrarias constituían las unidades de la especialización flexible. Por ello no debe extrañarnos el éxito que las nuevas formas de trabajo «desregulado» han tenido en las áreas rurales.

El contraste de ambos artículos resulta paradójico, mientras el sistema agroalimentario ha buscado finalmente un modo de producción

(7) Sampedro, M. R. (1996): *Género y ruralidad: las mujeres ante el reto de la desagrarización*. Madrid: Instituto de la Mujer.

fordista, la realidad de las sociedades agrarias era el de la especialización flexible.

Pero como hemos dicho ya no es la agricultura el elemento central del trabajo en las áreas rurales españolas. El texto de Manuel González nos muestra de forma pausada la realidad de las áreas rurales. Lo rural es, hoy, una categoría económica. Y la lectura atenta del texto de Manuel González nos lleva a la reflexión sobre las nuevas jerarquías de organización productiva. Las áreas rurales, sus productos y sus trabajos, obtienen un valor añadido a partir de la construcción y redefinición de identidades. No son necesariamente los recursos que proporciona el medio, sino la compleja negociación entre actores locales y globales lo que produce los recursos sobre los que se asientan las actividades locales.

Y si bien no es la agricultura la principal fuente de subsistencia de las poblaciones rurales, tampoco lo son en exclusiva sus productos o signos. La lógica de subsistencia de las áreas rurales es su inserción en mercados laborales extensos en el territorio. Ello nos lo demuestra de forma contundente el profesor Jesús Oliva. La movilidad es la característica más visible de las sociedades posmodernas, y los habitantes rurales son paradójicamente uno de los máximos exponentes. Aquí, en la fluida y flexible movilidad, reside el principal motor de la subsistencia de las áreas rurales.

La movilidad en combinación con la pauperización de los mercados de trabajo agrario nos lleva de lleno a la presencia de los inmigrantes en las áreas rurales. Una presencia creciente. El análisis que realizan Andrés Pedreño y Prudencio Riquelme va más allá y nos muestra la lógica de la etnofragmentación de los mercados de trabajo. No es únicamente la demanda de mano de obra para ciertas actividades, sino el proceso de diferenciación social en el que se construye el orden laboral moderno la clave de esta presencia.

Frente a esta realidad de funcionamiento de los mercados de trabajo la acción institucional camina de la mano del desarrollo rural. Pablo Palenzuela y Cristina Cruces se centran precisamente en una de las categorías estrellas de las políticas de desarrollo: las emprendedoras rurales. El análisis que hacen estos autores muestra una realidad lejana de la intención de las políticas, una realidad de fuerte dependencia. Después de un pausado y profundo trabajo de campo su observación vuelve a ser concomitante con los análisis anteriores: fragmentación social de las actividades productivas, dependencia familiar y, en definitiva, vulnerabilidad por la dominación patriarcal que siguen proyectando los agentes sociales. En definitiva el modelo

de desarrollo rural no es capaz de corregir los desequilibrios que hacen necesaria la categoría política de emprendedoras rurales.

Cecilia Díaz, se ocupa del colectivo más sensible para el futuro de las áreas rurales: las jóvenes. Repasa de forma exhaustiva la literatura y muestra cómo distintos estudios señalan panoramas por lo general pesimistas que inciden en el sempiterno tema de masculinización rural, de dependencia familiar y laboral, y consiguiente desarraigo. Pero al margen de las distintas tendencias, se centra en un colectivo de mujeres jóvenes, que pueden considerarse «resistentes» y analiza sus estrategias de arraigo, de inserción laboral y emprendimiento empresarial, estrategias entre las que destaca, el ocaso del sueño urbano que ha supuesto el posfordismo, y la comprensión de un territorio amplio. Es decir son los mercados de trabajo extralocales la principal vía de arraigo.

La lectura de los textos no sólo permite conocer de forma detallada la realidad de las áreas rurales españolas, sino que a buen seguro dejará demasiados interrogantes en el lector. Los textos muestran desde análisis empíricos los modos de desarrollo, las formas actuales en las que funcionan los mercados laborales rurales y a partir de ahí tal vez puedan comprenderse otras formas posibles de plantear estrategias de desarrollo rural.

Por mi parte me permitiré sugerir al menos tres ideas importantes. Por una parte la conveniencia de revisar la centralidad que tiene el desarrollo rural entendido como desarrollo local. La realidad muestra que los procesos laborales y económicos tienen una relación cada vez más indirecta con la localidad. El «art de la localité» que reivindicaba la reestructuración rural es necesario pero claramente insuficiente. La localidad es importante en el juego de la economía de signos, en la diferenciación y puesta en valor de los productos rurales, pero tal vez el énfasis que se pone en esta estrategia de desarrollo oculta que no sean tal vez actividades lo que la localidad atrae, sino trabajadores cuyas actividades son extralocales.

Por otra parte el «lag» que se establece entre políticas de desarrollo centradas, en el caso de las áreas rurales, en modelos fordistas y especialmente familistas frente a la realidad de la especialización flexible. Distintos actores sociales proyectan en el modelo de la multifuncionalidad agraria la continuidad del trabajo familiar que se esperaba de la agricultura. Los datos revelan que las prácticas sociales abandonan por el contrario los modelos familistas de actividad o que estos sólo tienen éxito como último remedio.

Y en tercer lugar la necesidad de plantear desde otra óptica la sostenibilidad social, sostenibilidad que debe ser anterior y no necesaria-

mente derivada de la sostenibilidad económica o ambiental. Por ejemplo, el agroturismo puede ser una buena fórmula de sostenibilidad ambiental para algunas zonas rurales, e incluso económica, pero si este modelo es a costa de reproducir la situación de división sexual del trabajo familiar, de ello no se predica ninguna sostenibilidad social, más al contrario sigue abriendo la herida de los importantes desequilibrios que caracterizan las áreas rurales.

Estas afirmaciones se concretan en cuestiones centrales para los estrategias del desarrollo. El desarrollo, ¿debe centrarse sólo en el ámbito local o por el contrario debe sumarse y apoyar las corrientes de movilidad? El desarrollo, ¿debe seguir apostando únicamente por modelos dirigidos o debe también aprovechar las dinámicas existentes de flexibilidad? El desarrollo, ¿debe contemplar una idea de calidad de vida simplificada o debe expresar otros retos en cuanto a reconocimiento social, emergencia de los trabajadores invisibles y apostar por el «empoderamiento» de los grupos vulnerables?

A estas cuestiones, y a buen seguro al lector a otras muchas, nos lleva el trabajo intenso de observación, análisis y reflexión que han venido realizando los autores y autoras que han participado en este número, trabajo que ha sido enriquecido por los anónimos evaluadores que han debatido y contribuido a destacar los puntos fuertes expuestos por estos investigadores. A todos ellos y ellas, en nombre del Comité de Redacción de la Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros, nuestro más profundo agradecimiento.